

La ciencia, la religión y la vida: una conversación con Marcos Aguinis

Marcos R. Paseggi

Marcos Aguinis nació en Córdoba en 1935. Desde joven, desarrolló una carrera multifacética que lo llevaría a destacarse en medicina, psicoanálisis, literatura e historia. Como escritor lo ha hecho tanto a través de sus agudos ensayos como de sus reconocidas obras de ficción, que han sido traducidas a varios idiomas. A lo largo de su extensa carrera ha cosechado numerosos premios, entre los que se destacan el Premio Planeta (España), el Gran Premio de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, y el Caballero de las Letras y las Artes (Francia). Además, fue subsecretario de cultura durante la Presidencia de Raúl Alfonsín, donde fue elogiado por la UNESCO y la ONU al crear el PRONDEC (Programa Nacional de Democratización de la Cultura). En la actualidad es uno de los escritores argentinos vivos más leídos y sus últimos títulos han estado muchas semanas en las listas de best-sellers. La entrevista se llevó a cabo el 29 de septiembre de 2004 en las instalaciones del Centro Adventista de Vida Sana, en Libertador San Martín, Entre Ríos.

MP (Marcos R. Paseggi): *Quiero preguntarle algunos detalles que tal vez no estén tan claros o sobre los que se podría profundizar un poco, especialmente algunos aspectos relacionados con la religión, tal cual aparecen en Las dudas y las certezas y en otras publicaciones. La primera pregunta es más una curiosidad como lector. Muchas de sus obras de ficción son un tratado religioso: de historia de la religión, de filosofía de la religión, inclusive más allá del medio que es la ficción. Por otro lado, en reiteradas oportunidades usted se ha definido como agnóstico. ¿Cómo conciliar, entonces, esa escritura de La gesta del marrano, esa escritura de La cruz invertida y también de Asalto al paraíso, con un agnosticismo declarado?*

MA (Marcos Aguinis): Bueno, ciertas contradicciones son inherentes a la condición humana. Posiblemente se pueda bucear un poco en mi historia, en mi vida. Mis padres no eran religiosos practicantes en el sentido extremo, pero sí cuidaban las tradiciones —y especialmente mi padre era un hombre religioso—. De hecho, para las fiestas judías del Año Nuevo, del Día del Perdón, él siempre iba desde Cruz del Eje a Córdoba para poder concurrir a una sinagoga, porque en Cruz del Eje había muy pocas familias y no había tal sinagoga. Cuando yo fui creciendo, digamos, antes de la pubertad, mi padre me contaba muchas narraciones, entre las cuales me contaba muchas narraciones bíblicas. Ésas me fueron provocando un gran interés por la Biblia, tal es así que antes de la pubertad ya había leído un pequeño libro que se llamaba *Narraciones de la Biblia para niños*, lo releí varias veces y prácticamente lo

aprendí de memoria. Cuando llegué a los trece años celebré la ceremonia judía del *Bar Mitzvá*, que es como la iniciación o introducción en la comunidad. Fue una ceremonia muy precaria, porque me mandaron a Córdoba, donde un rabino me enseñó las oraciones, que no entendía bien. La ceremonia en sí fue poco trascendente para mí. Recuerdo, sí, que mis familiares me hicieron regalos que en aquel momento fueron importantes para mí. Un tío me regaló *El tesoro de la juventud*, esos veinte tomos que me enloquecieron. Una tía me regaló dos diccionarios completos de la lengua española. Otra tía me regaló un tintero. Es decir, ya habían percibido en mí, mi amor por las letras, por lo que eran regalos de esa categoría. Y bueno, yo seguí leyendo mucho sobre temas vinculados con la Biblia, con la religión. Yo le debo mucho a la Biblioteca Popular de Cruz del Eje, que estaba al lado de casa. Era una biblioteca pública donde había una dotación muy amplia de todo tipo de libros. Como a mí no me gustaba leer, mi madre me llevó allí y me asoció. La bibliotecaria, que era muy inteligente, muy cálida, me fue orientando en la lectura hasta entusiasmarme. Pero no solamente leía novelas de aventura —recorrí todo [Emilio] Salgari, Julio Verne, Alejandro Dumas—, sino que empecé a leer los libros de religión que iba encontrando. Me encontré, por ejemplo, con *El candelabro enterrado*, de Stefan Zweig, que es una novela preciosa. Luego me encontré con un libro que se llamaba *Moisés legislador y moralista*, que es un libro pesado, obviamente, porque allí hace un recuento de toda la obra de ese carácter. No sé si lo leí entero, pero traté de penetrar un poco ahí. Creo que me influyó mucho una obra que encontré allí de un uruguayo llamado Celedonio Nin y Silva, que era *Historia de la religión del pueblo de Israel*. Es una obra que escribió en varios tomos, no recuerdo si eran siete, donde iba repasando cada una de las etapas de la Biblia, pero haciendo una revisión crítica. Trataba de explicar cada uno de los milagros y de los hechos que parecían fabulosos, mediante interpretaciones y reconstrucciones de tipo racional. Lo mismo me ocurrió cuando después leí otro libro (no recuerdo el autor) que hablaba de las contradicciones de la Biblia, donde me iban mostrando que en ese texto había una serie muy grande de contradicciones; y yo creo que todo eso me fue influyendo para hacerme dudar de la total exactitud del texto bíblico. Cuando, años después, viajé a Israel, me encontré con un libro que tuvo mucho éxito en aquella época titulado *La Biblia tenía razón*, que era una obra reveladora acerca de cómo, a través de las importantes investigaciones arqueológicas que fueron haciendo los israelíes a partir de la independencia del Estado, fueron demostrando que lo que se creía producto de la imaginación, de la fantasía, realmente había tenido lugar. Se descubrieron caminos, acequias, pozos de agua, que fueron de gran utilidad para la defensa del país. Es decir que los israelíes tenían la gran ventaja de contar con un libro que era un gran pozo de información muy rico, muy valioso. De manera que

yo fui fluctuando en todo ese tipo de cosas y desde chico tuve una gran curiosidad por las religiones, tal es así que creo que no tenía más de quince años cuando me encontré con un libro de este famoso escritor español tan querido por Borges, Rafael Cansino Assens, que es la vida de *Mahoma*. Ahí estaba contada la vida de Mahoma y después había un estudio muy detallado, muy interesante, de cómo el texto original del Corán fue perfeccionándose con las sucesivas reescrituras y correcciones que, por supuesto, contradicen la versión de los fundamentalistas islámicos, la versión islámica ortodoxa que opina que ese texto fue dado a Mahoma tal cual estaba en el cielo antes de la creación del mundo. Ahí empecé a sospechar que algo parecido podría haber ocurrido con la Biblia, y a partir de allí comencé a entender que ciertas cosas de la Biblia quizás son más bien metáforas, textos inspirados pero no dictados. Hay una diferencia entre la inspiración y el dictado. La inspiración es cuando a alguien le llega una lucidez, una percepción muy importante, una cierta fluidez para expresar cosas, pero eso no significa que le estén dictando palabra por palabra. Ahí hay una diferencia muy importante que lleva a que yo me aleje de los que están confiados totalmente en la textualidad. Eso me ha llevado a la posición agnóstica, en el sentido de decir: "Bueno, hay cosas que yo no sé. Reconozco que hay zonas extraordinarias de misterio". La ciencia misma ha contribuido en los últimos años a salir de un error que era el haber convertido a la ciencia misma en una religión; es decir, creer que podía curarlo todo inmediatamente y que podía tener acceso a la verdad en seguida, lo cual no es cierto. Yo opino que la ciencia avanza y va a avanzar todo el tiempo y que tenemos que apoyarla, por cierto, pero no va a resolver todo mágicamente como se creía en la etapa positivista. Al contrario, los estudios epistemológicos revelan que en vez de que el hombre consiga más cantidad de conocimientos, en realidad lo que consigue es más cantidad de ideas falsas que se amontonan. Es decir, la cordillera de ideas falsas crece más rápido que la pequeña montaña de ideas ciertas.

MP: Usted dijo que la ciencia avanza hacia la verdad. ¿Qué es la verdad, según su concepción? ¿Se puede perseguir? ¿Se puede alcanzar?

MA: Bueno, yo creo que la verdad es como una búsqueda que no cesa jamás. Esto nos enseña especialmente la ciencia. En la religión, por el contrario, se habla de la verdad y se tiene la certeza o la confianza de que esa verdad es aprehensible. En cambio, en la ciencia no. En la ciencia se sabe que no hay teoría científica que dure eternamente; al contrario, hoy día no dura ni una generación. En la vida de un mismo científico puede ocurrir que lo que ese científico descubrió como algo irrefutable, después se da cuenta de que tiene muchas fallas y él mismo, si es honesto, se ocupa de reconocer las fallas. Es

decir, la ciencia permanentemente comprende que la verdad es un elemento al cual nosotros tenemos un acceso limitado, y que cuando la tomamos se nos escapa y tenemos que seguir investigando. De todas formas, los avances científicos son incuestionables en el sentido que hoy día es mucho más fácil comunicarnos, es mucho más fácil viajar, el promedio de vida se ha extendido, la medicina ha hecho progresos fabulosos, de manera que no podemos negar que la ciencia avanza.

MP: Entonces, ¿es el intento de la religión de aprehender la verdad algo, acaso, incompleto?

MA: Yo creo que son dos rutas separadas. Se ha intentado, justamente, evitar una mala concepción como lo era el combate de la ciencia con la religión, que durante mucho tiempo llevó a errores graves, como la persecución de Galileo, entre otros, o a quemarlo vivo a Servet. En esa época se quería tratar de lograr que la ciencia se sometiese a la religión o la religión se sometiese a la ciencia. No hay que hacer eso, sino permitir que estas dos rutas sigan su propio trayecto; porque son rutas paralelas, es decir, no se tocan. Uno pretende que se toquen, y eso es un error. Posiblemente se puedan encontrar algunos elementos —lo que hoy en día se hace— para contribuir a mejorar ciertos aspectos científicos con la religión o ciertos aspectos de la religión con los aportes de la ciencia. Pero son dos rutas separadas. La ciencia, por ejemplo, puede explicarnos cómo funciona algo, pero no por qué funciona. La ciencia no puede explicar por qué hay vida. Puede decirnos: “Hay vida; empezó la vida en tal época” o “se desarrolla de tal forma”.

MP: Por qué envejecemos...

MA: Sí, no puede explicar ciertas cosas. Eso es tarea de la religión. Entonces tenemos que reconocer que hay dos caminos diferentes. Ahora, el pensamiento racional, el pensamiento científico es el pensamiento que a mí me da la sensación que me calza mejor porque como soy una persona que permanentemente está pensando, repensando, revisando, corrigiendo; entonces, pienso que una forma de mantener la mente joven y abierta es no oponerse a las correcciones. Por lo tanto, cuando aparece algo diferente, bueno, no asustarse, sino tratar de evaluarlo y bueno, después saldrá algo nuevo, o no.

MP: Volvamos a pensar un poco en la Biblia. ¿Qué piensa de Dios como posibilidad, tal vez no en el sentido puramente filosófico, sino en ese Dios del judaísmo, en ese Dios personal que interviene en la vida humana, que era la nube, la llama, ese Dios que baja e interviene en el destino de los hombres?

MA: Yo creo que hubo una necesidad histórica de presentarse de esa forma a un pueblo que tenía muchas dificultades —como todos los pueblos de la antigüedad— en eliminar la antropomorfología de Dios; es decir, salir de la idolatría, salir de la concepción de Dios como algo que se toca, como algo material. Había una gran dificultad y una gran lucha. Sin embargo, vemos que en la Biblia en esa etapa donde Dios no tenía ni manos, ni brazos, ni ojos, continuamente dice: los ojos de Dios, el dedo de Dios, la mano de Dios, la oreja de Dios. Era una forma metafórica, obviamente, de hacer comprender ciertas cosas. Pero en realidad, para el judaísmo, la tradición casi no insiste en hablar de Dios. Es decir, el judaísmo no se preocupa demasiado en tratar de entender qué es Dios porque ha aceptado ya hace mucho tiempo que es tan infinito, es tan el otro, que la mente humana no tiene capacidad para poder percibirlo. Más bien, se dice que lo que importa para acercarse a Dios es que entre los seres humanos haya acciones éticas, acciones morales, que es el camino de estar en contacto con Dios. Es decir, no ocuparse tanto de entender quién es Dios, sino qué desea Dios. Y hubo una diferencia entre el Dios monoteísta judío y la experiencia previa de monoteísmo que hubo en Egipto —que fue en la época de Amenotep—, cuando se estableció el culto del Sol como dios único unas dos o tres generaciones antes de Moisés. A pesar de que ese avance egipcio fue importante en el campo de la espiritualidad, porque habló de un dios único y ese Sol no era el dios sino el símbolo de ese dios —es decir, que llegaron incluso a la abstracción de pensar que no era el dios Sol sino un símbolo del dios—, la diferencia es que tenía una carencia que después la completó Moisés: ese dios no era moral. El Dios de la Biblia aparece como un Dios moral. El Sinaí es un punto de inflexión fundamental. Es decir, no es solamente el Dios único sino que es un Dios moral, y eso compromete a la humanidad en una tendencia distinta y eso, por supuesto, fue un cambio cualitativo extraordinario. Eso se mantiene dentro del judaísmo, por eso es que se habla menos de quién es Dios o cómo es Dios, y más de qué se debe hacer.

MP: ¿Cree usted que la vida humana, así como está dada, tiene sentido? En otras palabras, ¿se puede ser ateo, no tener una esperanza, y seguir viviendo como si tal cosa?

MA: Bueno, esto es un problema que está relacionado con las visiones subjetivas que cada uno tiene, que son muy potentes. Quien es religioso no concibe que alguien pueda ser ateo. Y quien es ateo, a veces dice: “No entiendo cómo ese hombre es religioso o cómo puede creer en esas cosas”. Yo creo que existen esas dos situaciones. Nos encontramos, incluso desde el punto de vista ético, con personalidades ateas que han sido personalidades muy éticas, que han sido muy correctas, que han tenido un desempeño

admirable, que han sido incluso ateas militantes, y uno se pregunta: ¿cómo puede ser? Y nos encontramos por otro lado con personas religiosas, que han hecho como una especie de eclipse de sus convicciones religiosas y se comportaron como torturadores, como asesinos, como perseguidores. De manera que es posible ambas cosas. Desde el punto de vista religioso, sería parte del misterio de cómo funciona la mente humana.

MP: ¿Podemos explicar de alguna forma el sufrimiento humano, ya sea individual o colectivo, en la experiencia individual o como grupo?

MA: El tema del sufrimiento es justamente uno de los puntos más complicados, porque la religión es un instrumento que yo valoro como especialmente eficaz para aportar consuelo. Llega, sin embargo, un momento en que se produce una gran dificultad para poder seguir siendo religioso, y es cuando el hombre pasa por pruebas de crueldad y de dolor que rompen los límites imaginables, como fue el caso del Holocausto, por ejemplo. Muchos teólogos judíos comenzaron a preguntarse dónde estaba Dios durante el Holocausto. ¿Qué pasaba ahí? Entonces Martín Buber, que fue un gran filósofo y un gran teólogo, dijo: “Hubo un eclipse de Dios”. Como fórmula, es una fórmula que a uno lo deja pensando, es una fórmula inteligente, pero yo digo: ¿Qué significa un eclipse de Dios? Pasamos a una segunda pregunta, y entonces ahí nos encontramos con una severísima dificultad. Es un tema que mortifica mucho a los teólogos judíos, especialmente cuando toman el tema del Holocausto; es decir, cómo explicarlo. Sin embargo, a pesar del Holocausto, mucha gente siguió y sigue siendo religiosa. Y la presencia del Holocausto, en muchos casos, ha estimulado la religiosidad. De modo que ahí nos encontramos de nuevo con zonas oscuras.

MP: Ahí tal vez entra a jugar la experiencia individual, porque algunos dicen: “¿Cómo creer en Dios después del Holocausto?”, y otros dicen “¿cómo no creer?”, como dice Elie Wiesel.

MA: Exactamente.

MP: ¿Qué piensa de la felicidad como ideal, como objetivo? ¿Se puede alcanzar la felicidad? ¿Merece que procuremos alcanzarla?

MA: Yo creo que merece que tratemos de alcanzarla y también es cierto que es un ideal. Es decir, el hombre no puede ser permanentemente feliz porque en la vida hay conflictos. Es parte inherente de la vida. Nunca deja de haber conflictos, y muchas veces, ciertos conflictos, cierto malestar, tienen una función positiva para la creatividad y para poner en marcha cierto tipo de acciones. El hombre feliz, bueno, uno lo concibe como que tiene pocas motivaciones, que más bien está inclinado a la inercia. Está más bien en un

estado de anestesia. Yo no creo que el hombre sea permanentemente feliz. Puede estar contento, puede estar bien, y puede estar menos conflictuado, más conflictuado. Puede sentirse miserable o puede sentirse dichoso. Pero eso no implica que esté como viviendo en un paraíso. No hay tal cosa y nadie en este mundo vive en un paraíso, ni siquiera la persona que uno idealiza —ya sea porque tiene dinero, porque tiene fama, porque tiene buena familia—, está en un paraíso. Alguna cosa negativa debe atravesarle también.

MP: En relación con eso, con la vida y la búsqueda de la felicidad: ¿Qué pasa cuando la vida cesa? ¿Piensa usted en la muerte? ¿Qué piensa de la muerte?

MA: La muerte es el área más misteriosa a la cual desde la antigüedad se ha tratado de dar explicación, cuando en la mitología egipcia se hablaba del río que uno cruzaba para pasar al otro lado, la otra vida. Por cierto, es uno de los elementos que más efecto tiene en el hombre para movilizarlo. Hay un cuento muy importante de Borges desde el punto de vista filosófico y teológico que se llama *El inmortal*, y en ese cuento él demuestra que si una persona llega a ser inmortal es tremendamente infeliz y no puede dejar de buscar la forma de que cese esa inmortalidad. En efecto, la vida hace que el hombre se mueva, que el hombre se apresure, que trate de hacer cosas, que trate de ser significativo. De lo contrario, no habría apuro en hacer nada. En realidad, nos convertiríamos en piedras.

MP: O sea, lo que nos mueve es la conciencia de la finitud.

MA: Exactamente. Una vez lo dijo Voltaire: “El hombre es el único animal que sabe que va a morir”. Ese saber que uno va a morir lo llena de angustia, por cierto, de movimiento y de creatividad. Muchas cosas malas que hace el hombre, las hace justamente buscando algo imposible que es la inmortalidad. Cuando los faraones construyeron sus famosas pirámides, o [en el caso de] los que quieren tener un poder infinito, a través del dinero, de los gobiernos, en realidad lo que [estaban o] están encubriendo es que ese poder lo que quiere es la inmortalidad, aunque no la van a conseguir. De modo que la amenaza de la muerte tiene ese elemento positivo que ayuda a que uno se movilice. Hay una respuesta de Borges muy ilustrativa y graciosa, como él la solía hacer: Una vez una persona le dice: “¡Maestro, usted es inmortal!” Y él le contestó: “¡No sea tan pesimista!” Ahora, es verdad que uno le tiene menos miedo a la muerte si es más feliz en la vida —feliz, en el sentido que hablábamos recién, no como una cosa permanente, pero por lo menos cuando hay mayores segmentos de bienestar, de contento.

MP: ¿Es optimista respecto del futuro? ¿Piensa que el hombre tiene la capacidad de aprender de sus errores y que finalmente va a encontrar el camino, va a salir adelante?

MA: Yo pienso que el hombre es muy cabeza dura, que aprende con mucha dificultad. Cuando la Biblia le dice, por ejemplo, al pueblo de Israel, que es un pueblo de dura cerviz, mucha gente cree que el pueblo de Israel era de dura cerviz. No, el pueblo de Israel fue el único que tuvo el valor de reconocer que tenía dura cerviz. Dura cerviz tenían los egipcios y los helenos y los persas y los medos y los sumerios. Todos tenían dura cerviz. Todos tenemos dura cerviz, nos cuesta aprender. El pueblo de Israel tuvo el mérito de reconocerlo, fue el primero que tuvo el coraje de reconocerlo a través de los profetas. Parece que no aprendemos mucho. En ese sentido uno no puede ser optimista, porque a corto plazo, las cosas no se arreglan con la facilidad, con la celeridad que uno desea. Pero yo tengo esperanza a largo plazo. Creo que a pesar de esa lentitud, el hombre —y uno lo ve a través de la historia— ha pasado por gravísimas crisis y ha podido mantener el equilibrio.

MP: ¿Estamos mejor que antes?

MA: Sí, es casi como un equilibrista, que parece que se va a caer al abismo, pero logra seguir. Y en muchas cosas estamos mejor que antes. En muchas cosas, por supuesto, estamos peor, porque tenemos armas de destrucción masiva, tenemos el terrorismo fundamentalista. Por otro lado, sin embargo, tenemos organizaciones que defienden los derechos humanos, que defienden la naturaleza, [tenemos] mayor conciencia sobre el valor de la vida. Y bueno, ese es el combate que se desarrolla entre los aspectos positivos y negativos del hombre.

MP: Tengo una pregunta en relación con el Estado de Israel. ¿Cree usted que en el mundo contemporáneo, el Estado de Israel tiene algún papel religioso que cumplir?

MA: Yo creo que sí, porque es el país contraste de todo el Medio Oriente, y en muchos aspectos, de todo el mundo. Es una democracia. Es un país de contrastes: no tiene recursos naturales, pero se ha convertido en una potencia económica. Hay una gran cultura del trabajo. Hay una gran esperanza a pesar de que hace un siglo que vive permanentemente amenazado con amenaza de destrucción, que no es una cosa menor. [Vive] en un mar de gente que lo odia y que lo detesta. Pero es un país que es una democracia, que tiene justicia independiente, que tiene valores de respeto a la vida. Por ejemplo, cuando ocurren los atentados, es interesante observar que Israel jamás reproduce fotografías de las víctimas, de gente mutilada, de los miembros sueltos. En

cambio, la otra parte se regodea en mostrar esos aspectos brutales. En Israel jamás se mostraría una decapitación; eso está absolutamente en contra [de la forma de sentir de Israel]. Entonces, evidentemente cumple un papel ético muy importante y de ahí, por supuesto, se anuda con lo religioso.

MP: Permítame hacerle una pregunta sobre literatura. Usted aparece, por ejemplo, en una antología titulada *Los mejores cuentos de gauchos judíos*. ¿Usted cree que existe una literatura judía, se considera un gaucho judío? ¿Qué puede decir de eso?

MA: Yo creo que existe, pero es menor. Es una literatura parcial, que revela un aspecto de la historia argentina. Una historia muy interesante que valdría la pena revisar un poco más; porque nos revela valores de culturas que han sido muy positivas en su momento y que hemos abandonado, y a las que habría que volver: la cultura del trabajo, la cultura de los valores, el amor a la familia, el deseo de progresar, el tener vergüenza, el ser decente... Todo eso estaba ahí.

MP: De sus obras de ficción, he elegido una. Es una de la cual acaso no se habla tanto. Me refiero a *Profanación del amor*. En esa obra yo encuentro que, aunque el judaísmo aparentemente no está explícito...

MA: No hay ningún personaje judío.

MP: Es verdad. Y sin embargo, en la estructura, en la idea subyacente, hay una noción muy judía, que es la de un orden, y de qué pasa cuando ese orden se “desordena”, por así decirlo; cuando se quebrantan algunos límites, algunas leyes. Me refiero a ese juego entre organización y “reorganización nacional” como eufemismo de una desintegración. A la vez, en la trama, el destino individual de la persona es contrastado con el del país. Esto se asemeja mucho a obras de judíos norteamericanos.

MA: Interesante.

MP: Veo que implícitamente, la obra es muy judía en ese sentido, en la noción de que existe un orden cósmico, y en relatar lo que pasa cuando se quebrantan esas leyes.

MA: Es interesante. Yo no lo había pensado así, pero puede ser. En la historia judía, especialmente después de la destrucción del Segundo Templo, la supervivencia judía estuvo muy vinculada a la existencia de la ley. Es decir, se formaron comunidades, se escribió el Talmud —que es una especie de interpretación de la Biblia para adaptarla a la situación de la inexistencia de una tierra única que se tenía que dividir. Y se formaron comunidades judías en todas partes, con lo notable que en toda comunidad judía por pequeña que

fuera, había un lugar donde había una sinagoga, una escuela, una forma de mantener la ley. Es decir, si no se tenía allí un buen juez, se escribía a otra comunidad donde había un juez. Era importante que existiera un código ético que se respetase; que todos tenían que respetar. Y yo creo que esa estructura en torno a la ley le permitió la supervivencia, y es uno de los grandes factores de esa misteriosa y épica supervivencia judía a lo largo de cientos de años de una oscuridad, de una persecución tremenda. Esta es una enseñanza muy importante para la Argentina, especialmente, y para América Latina, donde la ley es secundaria. Se viola la ley como una diversión, como un mérito, como una virtud. Entonces, yo creo que en ese sentido es interesante este estudio. No sabía que los estudios norteamericanos tomaban más este tema.

MP: En los escritores judíos norteamericanos, se ve cómo se desafía la tradición y se desafía el orden establecido, pero entonces hay que rellenar ese desorden con algo. De lo contrario, parece que todo se derrumba, y esa me parece la idea de *Profanación del amor*.

MA: Muy bueno, muy bueno. Yo quería agregarle una cosa, porque vi que usted escribió un par de trabajos sobre *La cruz invertida*. Sobre la teología de la liberación, yo quería agregar algo al respecto ahora, porque veo que la gente no lo entendió bien. La teología de la liberación hablaba de la liberación de los factores externos que generan opresión. Pero una verdadera teología de la liberación también tiene que hablar de la liberación interna. Es decir, que cada uno se vuelva maduro, responsable. La teología de la liberación se enganchó con el marxismo porque encontraba la culpa en el otro. Cada uno es víctima. Es como un rebaño en el que somos víctimas y donde solamente tenemos que gritar y pedir que nos liberen los demás, en vez de decir: No, ¿en qué fallamos nosotros? ¿Cuáles son nuestros errores? ¿En qué nosotros no hacemos lo que debemos hacer y qué nos lleva a donde estamos? Y este es un tema que yo estoy tratando de marcar mucho ahora en mis escritos, artículos. La liberación que la Argentina necesita es...

MP: La de la responsabilidad.

MA: Exactamente. Los piquetes, la protesta permanente, el buscar soluciones populistas; esto no es ninguna liberación. Al contrario, es estar cada vez peor.

MP: Sí, tal vez yo le resumo ese trabajo que usted menciona, donde se habla de proletariado y liberación. Lo que yo digo es que *La cruz invertida* trasciende esos temas y llega a un punto donde se cuestiona —y uno debe preguntarse y cuestionarse— no sólo el valor de la verdadera religión o la falta de ella, sino que uno se siente empujado a

cuestionarse si se está dispuesto a asumir las consecuencias últimas de la religión.

MA: Exactamente.

MP: Si yo digo que esto es lo que creo, o no, entonces tengo que estar dispuesto a asumir y a aceptar las consecuencias. En *La cruz invertida* también aparece el otro lado, esos comunistas que hacían que Visitación, la cocinera, tuviera que comer aparte.

MA: Sí, así es.

MP: Entonces el problema no es solamente económico; hay algo más adentro.

MA: Exactamente. Yo he cuestionado todo eso. Es necesario que asumamos nuestras responsabilidades si queremos salir adelante.

*Marcos R. Paseggi
Facultad de Humanidades, Educación y Ciencias Sociales
Universidad Adventista del Plata
Dirección: Castelli 133
3103 Libertador San Martín
Entre Ríos
ARGENTINA
E-mail: fachusec@uapar.edu*